

PQ 7297

C469

A17

V.2

OBRAS



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ



## EN TERRENO VEDADO

### I

Corrían para la patria los calamitosos tiempos en que la exaltación de los partidos llamaba Razón de Estado á las mayores injusticias y heróicos triunfos, á hecatombes de valientes víctimas. Ilustres hombres de firme fe en sus ideas, militaban en uno y otro bando, y en ambos encontrábanse también no pocos que iban en busca de su propia conveniencia y del logro de personales intereses y ambiciones.

Probado hecho es que los más sublimes ideales han sido algunas veces máscara tras de la cual oculta la perversidad sus abyectos fines.

En cuanto al pueblo, afiliábase en este ó aquel partido, ora por instinto y sin que

VILLARREAL-1

á su decisión precediese el raciocinio; ora por el sugestivo influjo de las circunstancias que le rodeaban; ora como ilota que iba al matadero, fuese cual fuese el partido que á él le llevaba: fascinados muchos, engañados algunos y convencidos otros, contribuían todos á mantener viva la enorme hoguera de la guerra civil.

Facundo Rivera, gañán hablador y parrabias, era un jacobino de tomo y lomo, capaz de echar votos á la sola vista de una sotana; pero á pesar de su exaltado jacobinismo, conservaba, entre otras antiguallas, la de bautizar á sus hijos, y no así como quiera, sino con la solemnidad y ceremonias establecidas por la Iglesia Católica.

Para honra y gloria de la familia jacobina había nacido el séptimo vástago de "ñor" Facundo, como le decían sus camaradas, y por no haber sacerdote en el lugar donde vivía, vióse obligado á ocurrir á la cabecera del Partido con el retoño y los padrinos, dos gandules, masculino y femenino, de algún dinero, pero de muy escaso meollo.

—El curá López, decía á Facundo su futuro compadre, es muy exigente, le creo capaz de que, antes de bautizar á mi ahijado, nos examine á todos de doctrina cristiana.

—Y seremos unos bárbaros si le contes-

tamos. Yo soy liberal, le diré, á su obligación, y nada más.

—Y si te pregunta ¿qué es ser liberal?

—Pues, hombre, le contestaré... le contestaré... Facundo tragó saliva, miró al cielo, á la tierra; después llevóse pensativo el índice de la diestra mano á la frente, en la cual se daba golpecitos, y por último, dijo:

—Yo sabré bien lo que le he de contestar.

A buena hora llegaron á la cabecera del Partido, alojáronse en el único destartado mesón, donde había abundancia de chinches y polilla. Mientras la futura comadre desarrugaba sus trapos domingueros y el compadre iba á la barbería del más acreditado barbero, Facundo, preocupado, salió en busca del Jefe Político, del Juez letrado, del médico sin título y de algunos otros prohombres, muy amigos suyos, con el objeto de prepararse para pegar soberano chasco al curá López, por si acaso tenía la humorada de preguntarle qué cosa era ser liberal.

Al primero que encontró, fué al señor Jefe Político, cacique feroz, de los que con exuberancia producía la revolución, y la raza de los cuales no ha logrado extinguir la sólida paz y el buen gobierno.

—Amigo, díjole después de saludarle, sírvase decirme ¿qué es ser liberal?



—Hombre, don Facundo, ¿y que me haga usted esa pregunta? Liberal quiere decir lo más grande, lo más sublime, lo más... En fin, todo lo mejor que hay en el mundo.

El lugareño escuchóle boquiabierto, despidióse y fuese luego al juzgado.

Departió un rato con el licenciado y ya para despedirse preguntóle qué era ser liberal. El señor Juez, sorprendido por lo intempestivo de la pregunta, guardó silencio y miró á su interlocutor, pero repuesto luego, respondióle:

—Ser liberal, es levantar tantos postes cuantos frailes hay para colgarlos á todos.

Facundo rascóse la oreja izquierda y nada replicó, mas seguramente no quedó satisfecho, pues aprovechando una salida del juez, dirigió al escribano la consabida pregunta.

—Ser liberal, contestóle el cartulario con mucha prosopopeya, es profesar el credo liberal.

Facundo, repitiendo para sí: "credo," "credo," fué á prisa en casa del curandero.

—¿Qué es ser liberal? preguntóle casi sin saludarle.

—Hacer uno lo que le dé la gana, contestó al momento el mata-enfermos y enferma-sanos.

Aquellas respuestas no despejaban la incógnita, y el lugareño, nervioso ya, hizo la misma pregunta á varios transeuntes de los que encontró al paso y parecieronle más caracterizadas. He aquí las contestaciones:

—El liberal es el progreso en persona.

—Liberal es el que no cree en nada.

—Ser liberal es enterrar el catecismo de Ripalda donde nadie lo vuelva á ver.

—El liberal, es el que piensa con su cabeza.

—El liberal, es el que no oye sermones, ni va á misa, ni bautiza á sus hijos.

Facundo acabó por reirse. Ea, se dijo, estos hombres están como yo, no saben de la misa la media. No obstante, soy liberal, pese á quien pesare; el liberalismo no se define, se siente, y yo lo siento, aquí, en el corazón.

## II

Acababa el señor cura de cerrar el breviario, cuando entró "ñor" Facundo.

—Padre, le dijo, vengo á bautizar un hijo.

—¿Te dió el notario la cédula?

—¿Cuál cédula?

—La de que entregaste los diez y ocho reales de los derechos.

—¡Esas tenemos! Yo no pago nada. ¡Si

estará creyendo su merced que todos los tiempos son unos! La libertad acabó con todos los impuestos y nada doy por lo que usted tiene obligación de hacer.

—Pues hijo, repuso el cura fijando una penetrante mirada en el erguido gañán, no bautizo á tu hijo.

—¡Qué no lo bautiza usted! Vamos á verlo. Y echando chispas fuése casi á carrera abierta á casa del Jefe Político.

—¿Qué tiene usted, don Facundo, que viene jadeante y casi sin aliento?

—Qué he de tener, que el cura López no quiere bautizar á mi hijo.

—¡Hola! El curita se subleva. Yo le meteré en cintura. Y en presencia del quejoso redactó al secretario la siguiente orden:

“Sin excusa ni pretexto alguno, bautizará usted en el acto al hijo de don Facundo Mireles.”

Volvió el jacobino triunfante al curato, y altivo, subiendo el habitual tono de voz, dijo al cura:

—Aquí tiene usted esta orden.

Leyóla el señor cura sin alterarse, acostumbrado sin duda á los gatuperios de las autoridades y repuso:

—Bueno, hijo, bueno, obedeceré. Mandó que entraran los compadres con el niño, rióse con socarronería, tomó un vaso

de agua y derramándola en la cabeza del nene, dijo, sin pisca de unción:

—José, yo te bautizo en el nombre del Jefe Político.

Los compadres abrieron la boca, el niño chilló con todas sus fuerzas y el jacobino profirió una imprecación.

—Eso no sirve, señor cura, bautiza usted bien á mi hijo ó la autoridad sabrá hacerse respetar.

—Los derechos del bautismo que tú quieres valen diez y ocho reales, el que acabo de hacer no tiene derechos, es gratis.

Furioso salió Facundo á quejarse de nuevo con el Jefe Político.

Apenas había salido, el cura dictó al sacristán lo siguiente

“Señor Jefe Político:

Sin excusa ni pretexto alguno, de orden del cura López, pondrá usted inmediatamente en libertad á los hermanos Bartolo y José Peña, reos de homicidio calificado.

—Vete corriendo y da esa orden al Jefe Político, en propia mano.

El sacristán quedóse azorado, pero no se atrevió á replicar.

Estaba “ñor” Facundo hablando con el Jefe, cuando el sacristán entregó el oficio del cura López.



¡Oh Dios! ¡Y los aspavientos que hizo el cacique! Aquello era una burla, una sangrienta burla. Incontinenti montó á caballo seguido de dos matones, á quienes llamaban "cuicos," y sin quitarse el sombrero ni las espuelas, se coló de rondón en la casa parroquial.

Con centelleantes ojos y cerrados los puños, gritó al cura:

—¿Con qué derecho me mandó usted esta irrespetuosa y atrevida orden? Mi jurisdicción es terreno vedado para usted.

—Con el mismo derecho, contestó el cura, que me ha mandado usted esta otra, y mostró al encolerizado Jefe la que había traído "ñor" Facundo, agregando lentamente y con retintín: Es terreno vedado para usted.

Suavizóse un tanto el ceño del cacique, y, sea que reflexionase, sea que temiese al cura, que era hombre de fibra y muy sagaz, montó á caballo y, sin decir ni una palabra, volvióse por donde había venido.

Facundo le esperaba en la Jefatura, seguro de que habría dado al cura una reprimenda que cortara sus bríos, pero viole apearse del mejor caballo de los mostrencos, cariacontecido, y luego encarándose con él amostazado:

—Mire usted, don Facundo, eso de los bautismos no es cosa mía, arréglole usted con el cura como pueda.

Volvió el terco gañán á la casa parroquial, y el cura, en sus trece. Los padrinos querían volverse á su casa, el niño, empaado y mal oliente, se desgañitaba; "ñor" Facundo estirábase los pelos, y el cura sonreía apaciblemente.

No hubo remedio, fastidiado "ñor" Facundo, que ante todo quería que su hijo no se quedase hereje, entregó al notario los diez y ocho reales, sacó la cédula, y verificóse el bautismo según las prescripciones de la Iglesia Católica.